



## Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

Correo electrónico: victorae@colef.mx

## ¿Podría ser diferente?

Al conmemorarse el primer aniversario de las elecciones presidenciales más competidas de la historia política mexicana, el ex candidato de la Alianza por el Bien de Todos, Andrés Manuel López Obrador, ha vuelto a ocupar las primeras planas de diarios y medios electrónicos de comunicación; sin embargo, en la mayoría de las referencias, la crítica hacia el político tabasqueño es negativa, para decir lo menos. Los comentarios, paradójicamente a un año de distancia, siguen siendo viscerales. Pero si hoy concita las miradas, ha sido en mucho merced a la mega marcha de este domingo 1 de julio cuando volvió a llenar el Zócalo de la Ciudad de México. Desde el 20 de noviembre de 2006 hasta el domingo último, los medios de comunicación decidieron aplicarle la máxima salinista: "Ni lo veo ni lo oigo". Efectivamente, las actividades de AMLO son escasamente cubiertas: No existe.

La mayoría de sus críticos sostienen que AMLO dilapidó su capital político por sus posturas radicales y la negación al reconocimiento de Felipe Calderón como Presidente de la República. Sin negar la parte de razón en ese juicio sumario, considero que hay factores que trascienden la simple invocación al carácter del tabasqueño. Nadie duda que efectivamente una buena proporción

de quienes votaron por AMLO hoy dicen que no lo volverían a hacer. Eso me parece normal. Ni el perredista está en campaña, ni cuenta con ninguna plataforma oficial, vale decir institucional, para revertir esa caída. Lo sorprendente es que el 30% de los mexicanos sigan manifestando que sí volverían a sufragar por él; y que además, continúe llenando el Zócalo capitalino. ¿Qué líder político sería capaz de provocar esas movilizaciones? Más aún, ¿quién teniendo en contra al aparato gubernamental y a la mayoría de los medios de comunicación podría seguir conservando esa capacidad de convocatoria?

En ninguna democracia consolidada el líder de la oposición está condenado a la calle; es decir, quien resulta el perdedor de una contienda y representa la oposición más significativa al nuevo Gobierno se le condena a la toma de la calle para preservar su capital político. Eso es una irregularidad en el diseño institucional de cualquier democracia. En otros países, el líder de la oposición ejerce su liderazgo desde el Poder Legislativo. Se institucionaliza el trabajo de la oposición y no se le relega al ostracismo o, lo que es peor, a la crítica destructiva del poder y sus periodistas. Pero en México, quien obtiene casi 15 millones de votos (el 35.31% del total), no tiene derecho a ningún

espacio o lugar dentro de las instituciones; al contrario, si desea seguir participando políticamente se le declara enemigo de las mismas instituciones que le cerraron la puerta. Eso no solamente es un grave defecto de nuestro sistema político, sino que abona al autoritarismo.

En medio de todas las diatribas que se han dicho y escrito en los últimos días, debemos de rescatar las palabras de uno de los más lúcidos analistas mexicanos: Jorge Zepeda Patterson (Frontera, 2/07/2007): "A partir de la toma de posesión de Calderón, el tabasqueño prefirió eclipsarse de la escena nacional y eligió evitar convertirse en el temido y presagiado enemigo de la gobernabilidad (...) Pudo fácilmente incendiar al País. Ciertamente era un suicidio político, pero a cambio podría haber condenado a México a la ingobernabilidad. Pudo haber convocado a la violencia y eligió no hacerlo". Al margen de los reflectores, prefirió recorrer el País llamando a un movimiento social y, además, se puso a escribir un libro: "La mafia nos robó la Presidencia".

Los aprendices de analistas no alcanzan a entender la trascendencia de dichas decisiones; como son incapaces de ir más allá de las fobias y filias personales; así está el País.

Investigador de El Colegio de la Frontera Norte.